

# PINOCHO

AÑO VI  
NUM. 302

25 cts

30 NOVIEMBRE  
1930



- ¡AYER ME DIJO USTED QUE NO PODÍA VENIR A TRABAJAR PORQUE IBA A IR A QUE LE  
VIERA EL MÉDICO Y LUEGO LE VÍ EN UN CAFÉ JUGANDO A LAS CARTAS CON  
UN HOMBRE!  
- ¡ES QUE ESE HOMBRE ERA EL MÉDICO!

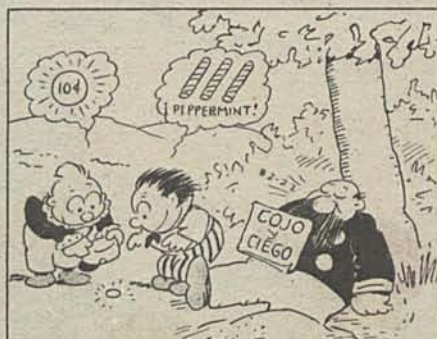


# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





# EN LA FRONTERA DEL FAR-WEST

Por  
E. Salgar



(Continuación)

furgones, poniéndose en persecución de los cinco fugitivos.

—¡Camaradas!—gritó John—. ¡Todo ha concluido para nosotros si esos indios nos alcanzan! ¡O llegamos pronto a las minas, o nos asesinan aquí!

Los gritos de guerra de la banda ahogaron sus últimas palabras.

Los cuatro caballos partieron como flechas hacia la Sierra Escalada, en tanto que el fuego consumía los carros, en los cuales no quedaba vivo un solo defensor.

La caza comenzaba; una caza emocionante a través de los últimos planos de la pradera, que los fugitivos recorrían desesperadamente.

Los indios habían dispuesto abrirse en ala para cortar el paso a los fugitivos; pero los caballos de éstos parecían ser voladores, y con un impetuoso arranque adelantaron gran trecho a los *pieles rojas*.

Eran potros escogidos con gran cuidado, amaestrados con esmero y perfectamente habituados lo mismo a largas carreras que a prolongados ayunos.

En pocos momentos estuvieron los fugitivos a quinientos o seiscientos pasos de los indios, y ya casi podían creerse fuera del alcance de las carabinas de éstos, y cuya mala puntería conocían muy bien los cazadores.

—¡No pensemos más que en nosotros!—dijo John a Harris y a Jorge, que iban a su lado, mientras *Nube Roja* marchaba detrás para poder hablar con Minnehaha—. ¡Nuestro Gobierno vengará algún día a estos desgraciados!

—Pero ¿no habrá quedado ni uno vivo?—preguntó Jorge.

—Suelen dejar uno para atarle al palo de la tortura y arrancarle las carnes poco a poco. Es el tormento más cruel que puede imaginarse.

—¿Está muy lejos la mina?

—Una hora, lo menos.

—Cuando lleguemos allí, tendremos que abandonar nuestros caballos—dijo Jorge—. Será imposible hacerles descender a la mina.

—¡Gracias que salvemos nosotros la piel! Si seguimos con estos cien metros de ventaja, lograremos llegar.

—Y luego, ¿cómo seguiremos adelante? El Gran Lago está todavía muy lejos, y la hacienda más.

—De un modo o de otro, llegaremos; yo te lo aseguro. Además, ¿no tenemos nuestros lazos? En la pradera abundan los *mustangos* salvajes.

—Tenéis razón, John—dijo Harris—. Por ahora pensemos en poner en salvo nuestras cabelleras.

En aquel momento resonó una descarga, y varios proyectiles pasaron silbando muy cerca de los caballos.

—¡Mil cuernos de bisontes! ¡Disparan aún! ¡Espolead, camaradas! ¡Ciento o ciento cincuenta metros de ventaja durante algún tiempo, y estaremos libres del peligro! ¡Hof...! ¡Hof...! ¡Adelante!

Los cuatro *mustangos*, espantados por las detonaciones, y sobre todo por el incendio, cada vez más propagado en los furgones, que ardían con siniestros crujidos, hicieron un esfuerzo supremo, mantenido además por los espolazos de sus jinetes, y adelantaron otro centenar de metros.

Los indios, cada vez más furiosos, lanzaron gritos terribles y trataron de reconquistar la distancia perdida; pero únicamente el jefe de la



banda, que hacía tremolar al viento su trofeo de plumas, pudo avanzar hasta cerca de los fugitivos.

—¡Ah, perro!—gritó John, furioso, armando rápidamente el rifle—. ¡Yo no te arrancaré la cabellera; pero la vida sí te la quito!

Se volvió, refrenando el caballo.

El jefe estaba ya a unos ochocientos metros de distancia, y avanzaba con creciente velocidad, apuntando con una gran carabina, que, indudablemente, debía de servirle para cazar bisontes u osos grises, animales que no caen si no les entra en el cuerpo una buena dosis de plomo.

—¡No perdáis el tiempo, John!—gritó Harris.

—¡Sólo pido dos segundos! ¡Todos los días no se presenta ocasión de matar a un *sakem*!

—¡Tira, pues!

Sonó un disparo. El caballo del jefe cayó pesadamente a tierra; pero el *sakem*, ileso, se puso de pie en seguida.

—¡Perro!—gritó John, que difícilmente erraba sus tiros.

Y empezó a lanzar maldiciones, mientras los indios iban acercándose cada vez más.

—¡Un buen caballo vale lo que un indio!—dijo Harris—. Si ese jefe está a pie, me importa menos que un *coyote*.

—¡No creía que ese tunante tuviera tanta suerte!—dijo el *indian-agent*, que había recobrado su puesto en la pequeña caravana y cargado nuevamente su rifle.

—Más tarde le mandaréis a las celestes praderas que el gran Manitu, dios de los indios, tiene preparadas para sus *pieles rojas*.

—¡Hum! ¡Hubiera preferido matarle ahora!

—¿Y qué importa uno más o menos? He ahí el grueso de esa gente, que ya nos pisa los talones. Si no encontramos pronto los pozos, no tendremos nada que envidiar a los pobres *squatters*.

—La mina está más cerca de lo que tú crees—dijo de pronto el *indian-agent*, fijándose en las primeras estribaciones de la tierra.

Los cuatro caballos galopaban desenfundadamente y con un vigor capaz de maravillar a cualquiera.

La sierra casi podía tocarse ya con las manos.

No era una gran cadena imponente, como la Nevada o la del Laramie, pero, sin embargo, tenía cimas y picos que se alzaban a considerable altura.

John, que, como hemos dicho, conocía a maravilla aquellos terrenos, que en su juventud recorriera en todos sentidos durante veinte años, guiaba a los expedicionarios, hostigando despiadadamente a los caballos y no importándole nada que reventaran, pues sabía que no podía salvarlos.

Los indios no habían cesado en la persecución; pero se desviaron un tanto, quedando ocultos por el bosque, aunque sus gritos o, mejor dicho, aullidos, no dejaban de resonar en los oídos de los fugitivos.

Durante media hora continuó John la carrera hasta ganar los primeros contrafuertes de la sierra, cubiertos de plantas, que iban siendo cada vez más raras. En seguida se aventuró por una especie de cortadura, deteniéndose al fin ante un llano que de pronto se abrió ante él, y cuyo suelo aparecía desnudo de toda vegetación y cubierto de polvo negro.

Acá y allá se veían montones de traviesas de madera y hierro, vagonetas medio destrozadas y enormes pilas de carbón.

—¡La mina!—exclamó Harris.

—¡Todo el mundo a tierra!—ordenó el *indian-agent*—. ¡Tomad las armas, las municiones, las mantas, todo lo que llevéis de utilidad, y, sobre todo, no olvidéis los lazos!

—¡Ni la segunda pata del oso, que constituye nuestro único alimento por ahora!—añadió Jorge.

En un instante todos estuvieron en tierra.

John se puso a escuchar.

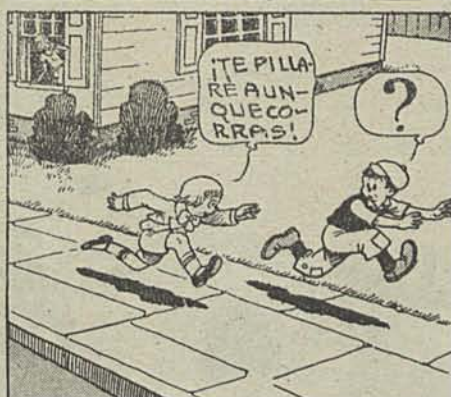
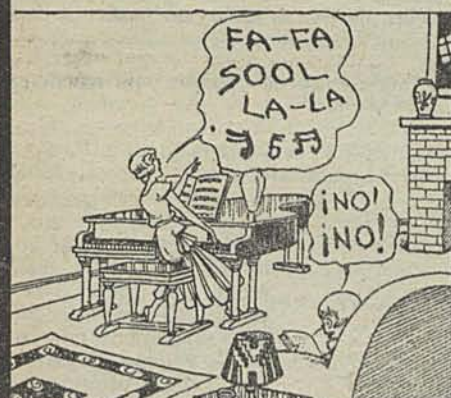
Los gritos de los indios se oían, pero más lejanos.

(Continuará en el próximo número).





# COLORÍN Y SU PANDILLA







## SOBRE EL PAÍS DE LOS CANÍBALES

Los viajeros del aerobús cruzan en estos momentos sobre una región que es, seguramente, la más inhospitalaria del mundo. Tienen, por tanto, que extremar todas las precauciones, porque cualquier avería, cualquier accidente que les obligase a tomar tierra, sería de consecuencias fatalísimas para la expedición. Los habitantes del país sobre el cual navega el aerobús son los más terribles antropófagos que se conocen y no perdonan presa que caiga en sus manos.

Así lo ha hecho saber el buho a todos sus compañeros para que extremen los cuidados y redoblen la vigilancia.

Le ha prohibido terminantemente al capitán Corretón, al Inspector y a don Turulato, que fumen; no se permite a Tecla que encienda cerillas, y a Tin y a Ton, los más serios peligros del pasaje, se les ha encadenado fuertemente y se ha montado una guardia a cargo de Currinche y de Morronguis, para vigilarlos de cerca.

Ninguna de estas precauciones es innecesaria pues, realmente, si el aerobús cayese en poder de los caníbales, no quedaría de él ni el más insignificante vestigio.

Como las cosas que infunden temor, atraen también la curiosidad, asomaban los viajeros sus narices por el borde de la barquilla y escarbaban con la mirada los lugares más recónditos del suelo.

Veíase bajo sus pies una espesísima selva, formada por árboles corpulentísimos y por matorrales intrincados entre los que a trechos se descubrían las techumbres de chozas

cónicas agrupadas completamente y formando poblados. De cuando en cuando veíanse grandes grupos de negros que daban saltos, corrían de un lado a otro, y disparaban haces de flechas contra el aerobús. Pero éste navegaba a una prudente altura para que las mortíferas armas no pudieran darle alcance.

Por fin, el buho, a requerimiento de Chonón y de los demás viajeros, tomó la palabra y dijo:

—El país que estamos cruzando se llamaba antes la Paupasia y hoy se la designa con el nombre de Nueva Guinea: La ferocidad de sus salvajes habitantes contrasta con la

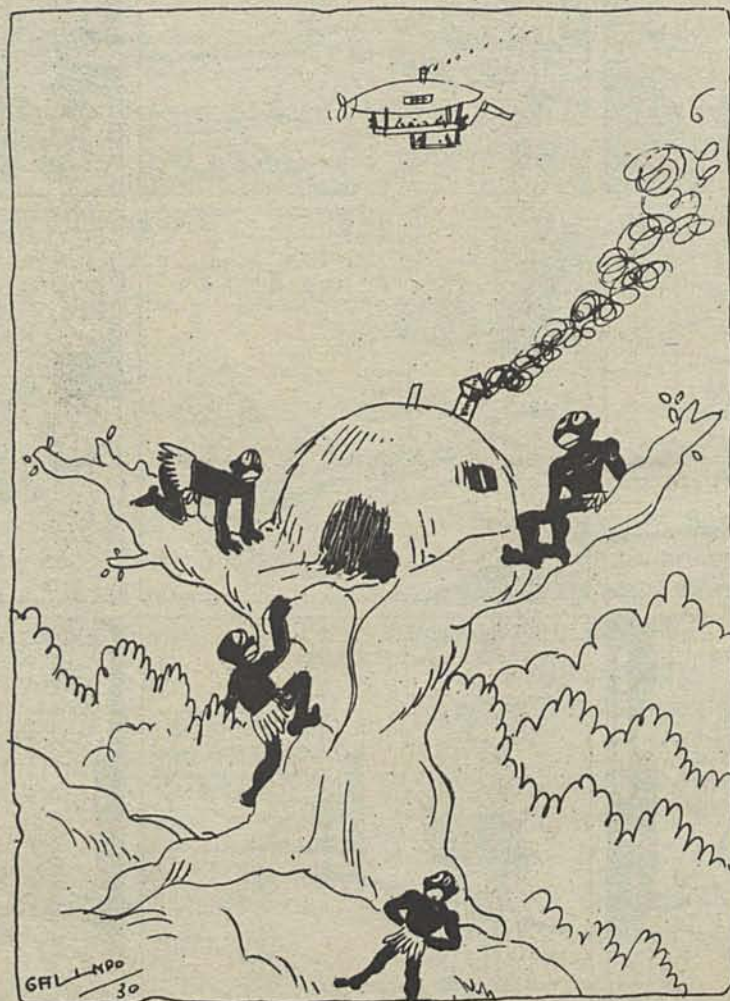
belleza natural de su suelo. Sin exageración puedo aseguráros que el país es un verdadero paraíso. Bosques magníficos, ríos, cascadas, pájaros de maravillosa belleza, orquídeas de sorprendente tamaño, mariposas de colores deslumbrantes. Es el país elegido por la Naturaleza para guardar en él los secretos de sus más refinados encantos.

—¡Qué lástima — dijo Chonón — que no podamos descender y disfrutar de cerca de tan belleza!

—Yo tendría mucho gusto en conocer a esos simpáticos caribes — se oyó decir a Tin a través de su mordaza—. Que me los presenten.

—Tirad ese lastre— contestó Corretón—. Como Tin y Ton están bien gorditos se darían los caníbales un estupendo banquete. Tiradlos y así nos quitaremos de encima a esas dos fieras.

Al llegar a este punto, Tecla, que había oído las palabras de Corretón, descargó sobre éste una sarta de escobazos.







—¡Haya paz, señores, haya paz!— recomendó don Turulato quitándole la escoba a Tecla.

—¿Pero que siempre hemos de estar así?— protestó Pirula—. En el primer punto donde

hagamos escala compraremos un tratado de urbanidad para ese señor Corretón.

—¡Bien dicho!—exclamaron todos aplaudiendo a Pirula.

—¿Puedo seguir hablando?—preguntó el sabio buho.

—¡Sí, sí!—gritaron todos.

—A causa de la ferocidad de estos salvajes que habitan el territorio de Nueva Guinea no se conoce todavía el interior de la región. Los habitantes son de raza melanésica, a juzgar por los que se dejan ver, pero no obstante, se sabe que en el interior los hay de piel blanca, de piel amarilla y de piel roja. Se sabe también que por la parte montañosa habitan tribus de raza enana, con una talla media de un metro diez centímetros, y que estas tribus, al igual que los grandes monos llamados antropomorfos...

—Que quiere decir forma humana—interrumpió Chonón.

—Muy bien, señor Chononcito. «Morfo» es forma y «antropos» humano—dijo el buho—. Esas tribus construyen sus viviendas en las copas de los árboles, lo mismo que si fueran gorilas u orangutanes. Claro que esta disposición de las viviendas lleva aparejada por parte de sus moradores una gran destreza y agilidad para trepar por los troncos. Habían un lenguaje monosilábico, de lo más rudimentario, y los demás habitantes de la región les dan caza como si fuesen fieras de la selva.

—¿Y qué hacen con ellos?—preguntó visiblemente emocionada Anita buen corazón.

—Pues comérselos—contestó el buho.

—¡¡Simpatiquísimos!!—rugieron nuevamente Tín y Ton a través de sus mordazas.

—Existe también en Nueva Guinea otra raza extraña caracterizada sobre todo por el enorme tamaño de sus pies. Esta hipertrofia está explicada porque sus individuos viven sobre un terreno fangoso y necesitan anchas bases en las plantas de sus pies para no caerse.

Los papúes del interior son insaciables comedores de carne humana, y a causa de esta odiosa y salvaje costumbre están siempre en guerra entre ellos mismos. Víctima que cae en su poder es víctima que va al asador. ¡Desgraciado el misionero, el viajero o el náutico que se pone al alcance de sus flechas!

De todas las carnes humanas prefieren la del chino, porque dicen que les gusta tanto como la del faisán.

Los papúes creen que el alma de sus víctimas queda para siempre en la casa donde se las han comido y la consideran como un ángel guardián que los protege contra los malos espíritus.

A los prisioneros de guerra los tienen unos días antes de asarlos, sometidos a los más exquisitos cuidados. Los alimentan muy bien, los miman, hacen fiestas en su honor y les regalan los objetos más preciados. Creen que así mueren muy contentos y se llevan de este mundo una gratísima impresión.

Oyóse en este punto de la charla el fuerte retumbar de un trueno y empezó a llover copiosamente.

El buho, en previsión de un accidente desagradable ordenó que todo el mundo se retirase a sus cabinas, y que se forzase la marcha de los motores para alejarse cuanto antes del peligro que suponía la estancia sobre aquellos parajes.

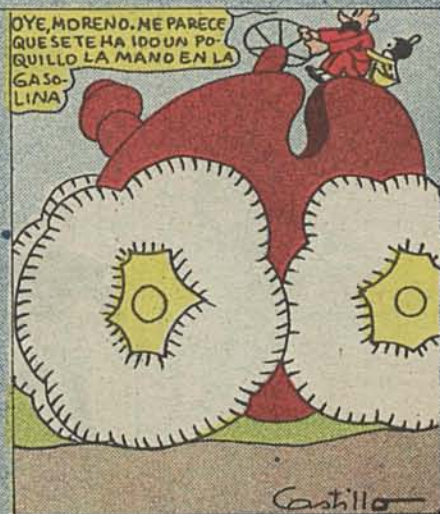
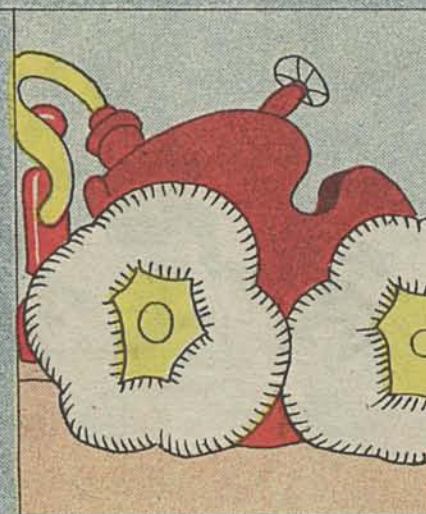
El aerobús, obediente a la hábil maniobra del intrépido y sabio buho, aceleró su marcha y se perdió en las entrañas de la tormenta ganando altura para librarse de sus peligros.







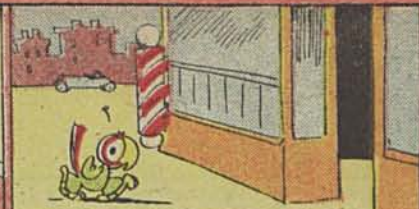
# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



Castillo



**LAURA**  
LA  
**COTORRA**  
INDISCRETA



## PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO





# CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

## PERFIDIA Y PERDON



En una ciudad había un hombre rico, que per-  
dió a su esposa dejándole una hija llamada  
Blanca, la cual iba todos los días a llorar  
sobre el sepulcro de su buena madre.

Vino la primavera, y el padre de la huerfa-  
nita se casó de nuevo.

La nueva esposa tenía dos niñas de corazón muy cruel.

—No queremos que estés sentada a nuestro lado—dijeron a  
la pobre huérfana—; vete a la cocina.

Le pusieron un vestido viejo y le dieron unos zapatos rotos.

—¡Qué sucia está la orgullosa Princesa!  
—decían riéndose.

Blanca tenía que trabajar hasta la noche,  
levantarse temprano, traer agua, encender  
lumbre, coser y lavar; sus dos hermanas  
le hacían, además, todo el daño posible.

Su padre fué en una ocasión a una feria,  
y preguntó a sus hijas qué querían que les  
trajese.

—Yo quiero un bonito vestido.

—Y yo una buena sortija.

—Y tú, Blanca, ¿qué quieres?

—Yo, padre mío, la primera rama que  
halle usted en el camino.

Compró a sus hijastras ricos vestidos y  
sortijas, y al pasar por un bosque cortó  
una rama de zarza. Cuando volvió a su  
casa dió a sus hijastras lo que le habían  
pedido, y la rama a la huerfanita, que la  
puso en el sepulcro de su madre, y, regada  
con lágrimas, no tardó la rama en conver-  
tirse en un hermoso arbusto.

A la tumba iba un pajarillo; y cuando a  
la niña sentía algún deseo, en el acto le  
concedía el pajarillo lo que pedía.

Celebró el Rey de aquel país unas fiestas,  
e invitó a todas las jóvenes, a fin de que su hijo mayor  
eligiera esposa.

Las dos hermanastras llamaron a Blanca  
y le dijeron:

—Péñanos y límpianos los zapatos, pues  
vamos al palacio del Rey.

La huerfanita suplicó a su madrastra que  
la dejase ir.

—Calla—le dijo—. ¿Estás llena de harapos  
y quieres ir a la fiesta?

Pero como insistiese en sus súplicas, le  
dijo por último:

—Se ha caído un plato de lentejas en la  
ceniza; si las recoges antes de dos horas,  
te llevaré.

La joven salió al jardín por la puerta  
falsa, y dijo:

—Tiernas palomas, tórtolas tristes, pája-  
ros del cielo, venid todos y ayudadme a  
recoger.

Al momento entraron por la ventana  
todos los pájaros del cielo, y con sus  
piquitos, diciendo *pi, pi*, pusieron todos  
los granos en el plato.

Blanca, llena de alegría, llevó el plato a  
su madrastra, creyendo que le permitiría  
ir a la fiesta; mas aquélla le volvió la  
espalda, y se marchó con sus vanidosas  
hijas.

En cuanto quedó sola en casa, fué  
Blanca al sepulcro de su madre, y debajo  
del árbol, llorando, comenzó a decir:

—Arbolito querido,  
Préstame un traje  
Que sea de oro y plata.  
Y con mucho encaje.

El pajarito le dió un vestido de oro y  
plata y unos zapatitos bordados con  
plata y seda; en seguida se puso el  
vestido y se marchó al baile; sus hermanas  
y madrastra no la conocieron, creyendo  
que sería alguna Princesa extranjera,  
pues les pareció muy hermosa con su  
vestido de oro; ni aun se acordaban de la  
pobre Blanca, creyendo que estaría  
limpiando lentejas en el hogar. Salíó al  
encuentro el hijo del Rey, la tomó de la  
mano y bailó con ella, no permitiéndola  
bailar con nadie, pues no la soltó de la  
mano, y, si se acercaba algún otro, le  
decía:

—No puede ser: es mi pareja.

Bailó con el Príncipe hasta el amanecer,  
y entonces quiso marchar; pero el hijo del



Rey le dijo:

—Iré contigo y te acompañaré.

Deseaba saber quién era aquella joven;  
pero ésta se despidió y se marchó.

Blanca fué al sepulcro de su madre, donde  
se quitó los hermosos vestidos, que se llevó  
el pájaro, y después se fué a sentar a la  
cocina.

Al día siguiente, cuando llegó la hora en  
que iba a principiar la fiesta y se marcharon  
sus padres y hermanas, corrió Blanca  
junto al árbol, y dijo:

—Arbolito querido,  
Préstame un traje  
Que sea de oro y plata.  
Y con mucho encaje.





Dióle también el pájaro un vestido mucho más hermoso que el del día anterior, y, cuando se presentó con aquel traje, dejó a todos admirados de su extremada belleza; el Príncipe, que la estaba aguardando, tomóla de la mano y bailó toda la noche con ella.

Al amanecer manifestó deseos de marcharse; pero el hijo del Rey la siguió para ver la casa en que entraba; mas de pronto se metió en el jardín, y se ocultó detrás de un hermoso árbol; el Príncipe no pudo saber por dónde se había ido; pero ella fué corriendo al sepulcro de su querida madre.

Al día siguiente, cuando se marcharon sus padres y hermanas, fué de nuevo al sepulcro de su madre, y dijo al árbol:

—Arbolito querido,  
Préstame un traje  
Que sea de oro y plata  
Y con mucho encaje.

El pájaro la trajo un vestido que era más magnífico que ninguno de los anteriores; y cuando se presentó con aquel vestido, nadie tenía palabras para expresar su asombro.

Al amanecer se empeñó el Príncipe en acompañarla; mas se escapó con tal ligereza, que no pudo seguirla. El hijo del Rey había mandado untar con pez toda la escalera, y se quedó pegado en ella el zapato izquierdo de la joven; levantóle el Príncipe, y vió que era muy pequeño y muy bonito.

Al día siguiente fué a ver al padre de Blanca.

—He decidido hacer mi esposa a la que venga bien este zapato—le dijo.

Alegráronse mucho las dos hermanas; la mayor entró con el zapato para probárselo, pero no se le pudo poner, por más esfuerzos que hizo.

—Córtate los dedos—le dijo su madre—, pues cuando seas Reina no irás nunca a pie.

La joven se cortó los dedos, metió el zapato en el pie, ocultó su dolor y salió a buscar al hijo del Rey que la subió en su caballo, como si fuera su novia, y se marchó a palacio con ella.

Al llegar al arbolito del sepulcro había dos palomas, que comenzaron a decir:

—No sigas, Príncipe amante,  
Detente por un instante,  
Que el zapato que esa tiene  
Para su pie no conviene.

Se detuvo, la miró los pies y vió correr la sangre; volvió su caballo, condujo a su casa la novia fingida, y dijo que no era la que había pedido; que se probase el zapato la otra hermana. Entró esta en su

cuarto, y le estaba bien por delante, pero el talón era demasiado grueso.

—Córtate un pedazo de talón—le dijo su madre—; pues cuando seas Reina no irás nunca a pie.

La joven se cortó el pedazo de talón, metió un pie en el zapato, y ocultando el dolor salió a ver al hijo del Rey, que la subió en su caballo y se marchó con ella; pero, al pasar delante del árbol donde estaban las palomas, estas comenzaron a decir:



—No sigas, Príncipe amante,  
Detente por un instante,  
Que el zapato que esa tiene  
Para su pie no conviene.

Se detuvo, la miró los pies, y vió correr la sangre; volvió su caballo y la condujo a su casa.

—No es esta la que busco—dijo incomodado—. ¿Tenéis otra hija?

—De mi primera mujer tuve una pobre chica, a quien llamamos Blanca; pero esa no puede ser la novia.

Se empeñó el Príncipe en que saliera, y hubo que llamar a la huerfanita. Se lavó primero la cara y las manos, y salió después a presencia del Príncipe, que la alargó el zapato de oro, se sentó y se puso el zapato. Cuando la vió el Príncipe, reconoció a la doncella que había bailado con él y dijo:

—Esta es la escogida de mi corazón.

La madrastra y las dos hermanas se pusieron pálidas de ira y de envidia; pero él subió a la huerfanita en su caballo, y se marchó con ella, y le dijeron las dos palomas blancas:

—Sigue, Príncipe, adelante,  
Sin parar un solo instante:  
Ya encontraste el piecico  
Al que viene el zapatito.

Al poco tiempo se efectuó la boda, y Blanca fué el sostén de su madrastra y hermanas, a pesar de que con tal perfidia se portaron con ella.

No se olvidó tampoco, en su prosperidad, de visitar diariamente el sepulcro de su buena madre, así como de los pobrecitos, a quienes distribuía abundantes socorros.

FIN





# ANITA BUEN- CORAZON



Reg. U. S. Pat. Off.; Copyright, 1936 by The Chinese Tribune, Inc.



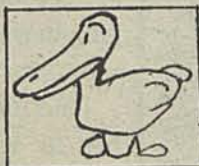
# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE NOVIEMBRE

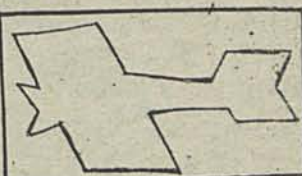
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Corbeta.—Vicente Monare



Colilla  
Teresa Salvador



Un aeroplano.—Juanito Casola



Un grupito de Carnaval  
Mariquita Barros



América.—S. Virallé



Retrato  
J. Breazar



El papá de Colerín  
Carlos López



Un castillo feudal.—Pepita Barroso



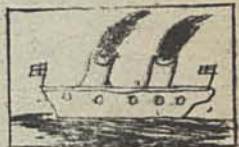
Palacio Nacional de la Exposición de Barcelona  
Dominguín Barrios



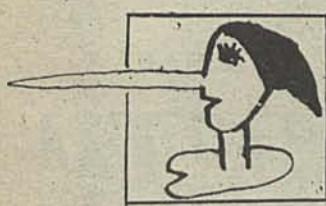
Una casa y un árbol  
Gloria Rodrigo



Boxeando  
José García



«El Paum»  
Ramón G. Pérez



Pinocho.—Teresa Antolínez



Mi amiga Dolores  
Lola Muñoz

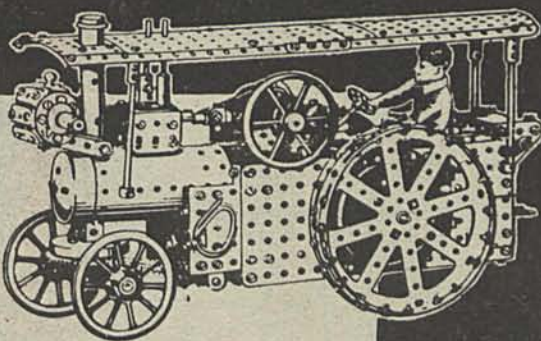


Carrincho  
G. Garcés



Un indio.—Avilio Gil

Insista en que  
su equipo  
lleve la marca  
MECCANO



### ESTOS SON LOS DÍAS MECCANO

El ejercitarse con el sistema de ingeniería Meccano, es la máxima fascinación de todo joven moderno. Desea construir modelos de Grúas, Máquinas, Puentes, Autos y otros centenares más que funcionarán. Desea maniobrar e inventar con Meccano. Desea competir con sus amigos en el mayor recreo del mundo para la juventud. Cercioréis de que le obsequiáis con un verdadero Equipo Meccano en estas próximas fiestas.

### GRATUITAMENTE A LOS JÓVENES

Escriba hoy mismo a nuestro representante, quien tendrá sumo gusto en mandarle gratuitamente el nuevo librito Meccano, con tal que le envíe las señas de tres de sus camaradas. Equipos desde pesetas 12 hasta pesetas 1.590 en los principales Bazares y Librerías

# MECCANO

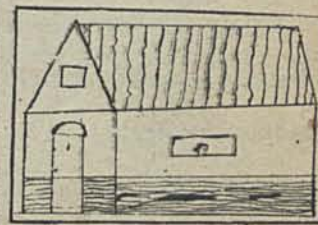
Agente para España y Portugal:  
JOSE PALOUZIE SERRA (Sección 15)  
Industria, 226.—BARCELONA  
Producto de Meccano Limited—Liverpool—Inglaterra



Un amigo fiel.—Luis Zapater



Pinocho.—M. Esteve



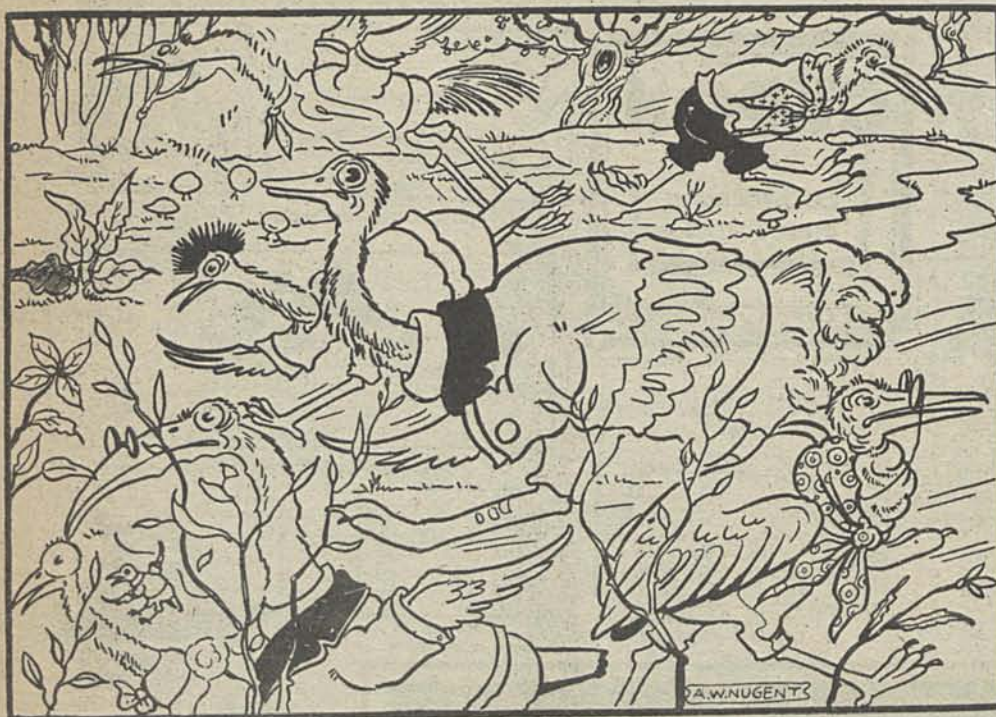
Rascacielos.—Silvino Palmero



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE NOVIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## LOS TRES OSOS



Tres osos asturianos caminaban una mañana por la montaña.

Iban tan tranquilos disfrutando del panorama y hablando de sus cosas cuando de repente uno de ellos dió un alarido.

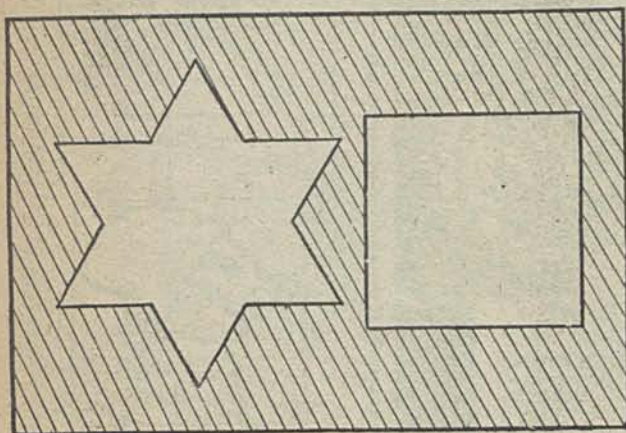
No se había extinguido el eco de este alarido cuando sonó otro alarido...

No se había apagado el eco de este segundo alarido cuando sonó otro nuevo alarido...

¡Los tres osos habían caído en tres cepos!

¿Sabréis vosotros dónde están?

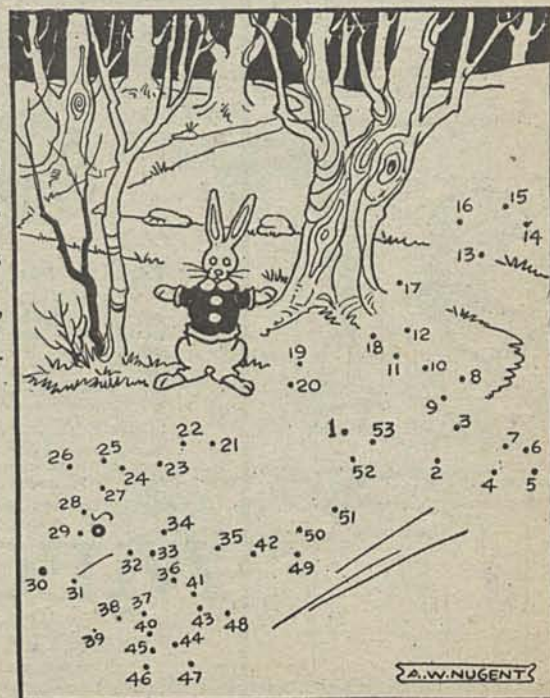
## LA CRUZ Y EL CUADRADO



Se trata de dividir la cruz en siete pedazos de manera que combinándolos se forme con ellos un cuadrado perfecto.

¡A calentarse la mollera, pinochistas!

## EL CONEJO ASOMBRADO



Si queréis adivinar la causa de su asombro no tenéis más que unir los números con líneas, siguiendo el correspondiente orden.



## Concurso de problemas y pasatiempos del mes de Junio

Premios consistentes en libros de preciosos «CUENTOS de CALLEJA».

Primer premio.—Lucas Lizaur.

Segundo premio.—M.<sup>a</sup> Gloria García.

Tercer premio.—Vicente Arenas.

Cuarto premio.—Heriberto y Angelina Barrera.

Quinto premio.—Celia Somontes.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Margarita Torres, Tobías Colmenero, Pepe Landry, Aniceto Matoses, Pepito González, Antonio Romeral, Titina Ceballos, Antero Galván, Leandro Matilla, Ernesto Cifuentes, Encarnación Bermúdez, Pepita Salamanca, Roque Bellón, Leandro Gálvez y Antonio Matarrosa.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

## Premios a la colaboración pinochista del mes de Junio

Premios consistentes en libros de preciosos «CUENTOS de CALLEJA».

Primer premio.—Germán González Jerez.

Segundo premio.—Guillermo Merklín.

Tercer premio.—Jorge Llerena.

Cuarto premio.—Paco Pino.

Quinto premio.—Dolores Fraga.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

José Luis G. Arnau, Lolita Fernández, Alfonso Constante, E. Piquero, Manuel Gustavo Bada, P. Lorite, Consuelo Fernández, Juanito de la Serna, María Mac-Donald, José M.<sup>a</sup> Alvarez-Cascos, Salvador Pérez, María Caro, Gil Fernández, Kiki, Manuel Castro, Lolita Arenas, Mariano Villalvilla, María Teresa Díaz, Lolita Alvarez, Teresa Martínez y J. Galdona.



## CORRESPONDENCIA

Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.



MANUEL FERNÁNDEZ ABAD.—¿Por qué me mandas dos dibujos a pluma y dos a lápiz? ¿No sabes aún, querido Manolito, que los dibujos hechos a lápiz no pueden reproducirse? Ya verás que cara pone Pepín cuando se entere de esto. Ya verás, ya verás. Os abraza,

PACO PINO.—Sí señor; así se dibuja. Tu tigre y tu Rey godo aparecerán en mi revista para asombro de los pinochistas. Mi felicitación y mis abrazos,

JUANITO DE LA SERNA.—¡Qué barco más maravilloso! Pero lo que más me maravilla es la cara seria, terriblemente seria, de los cuatro señores que has metido en el barco. Es cosa seria de verdad. ¿Adónde van tan serios? Cuando aparezcan en mi revista los seguiremos y lo descifraremos todo. Entre tanto, es un misterio. Tuyo incondicional amigo,

ANTONIO CABO.—El soberbio retrato de tu hermano está ya aquí. Vestido de monaguillo, con su campanilla y su vela, es algo extraordinario el retrato soberbio de tu hermano. Tu gran amigo,

ENRIQUE GLENN.—Ya tengo en mi poder los dos magníficos dibujos que me has enviado. Como los otros, se publicarán, porque obras de tanto arte merecen el honor de ser admiradas por los lectores de mi revista. Abrazos granel,

MATILDE.—Y no puedo ponerte el apellido porque no lo haces constar en tu carta, pero ya sabes que esta contestación es para tí. ¿Pero has sospechado siquiera un momento que don Turu y Currínche nos abandonen? ¡Jamás, Matildita; jamás! Chufita y Pericuelo alternarán con don Turu sólo en unos pocos números; muy pocos, y luego volverá el gran don Turu a su sitio de siempre, y Chufita ya se colocará en algún huequecillo que haya que hacerle para que no se enfade porque dice que tiene muchísimas ganas de haceros reír. Muchos abrazos,

PEDRO CASARRUBIOS.—Tu dibujo, visto al microscopio, es un magnífico reloj, y se publicará a su tiempo. Pero vas a hacer el favor, querido Pedrito, de hacer los dibujos un poco (es decir un poco, no; un mucho) mayores porque el pobre Currínche se ve negro para acertar lo que hay en el dibujo. Apretadísimos abrazos,

ALFREDO MASANO.—Estando hecho con lápiz no puedo reproducir tu dibujito, que por cierto es lindo. Repíttelo, pero con tinta; me lo mandas, lo publico; haces otro, lo envías también, lo publico; etc., etc. Siempre tuyo,

*Pinocho*



# Sección Pirula

Charles de Pirula... económica

## Una hebilla de cinturón



Cuando mamá quiere hacer reír a Josita (¿por qué han de ser Pepitas todas las Josefinas? Esta Pirulinda no lo ha sido nunca; la llamaban Josefinita y luego, para mayor brevedad, le han llamado Josita) la enseña el cinturón que llevaba en su traje de novia.

Y ¡vaya si se rie Josita! Es tan pequeñito este cinturón de raso blanco! ¡Tan pequeño es; que más que cinturón parece cuello; como que mamá cuando se casó (esto también lo dice cada vez para que aumente otro poco la risa de Josita) media lo mismo exactamente de cintura que papá de cuello.

¡Dios mío! ¡qué talle tan fino tenía mamá! ¡qué divertidas debían de resultar aquellas señoras de hace treinta años con su talle de avispa! ¡Parecería que se iban a partir por la mitad!

Pero hace dos años, cuando Josita veía el famoso cinturón, se reía mucho más que ahora. Porque ahora se vuelve a llevar el talle fino.

No tanto como en la época en que mamá se casó; hoy, a ninguna señora se le ocurriría apretarse la cintura hasta tener el mismo contorno que el cuello de su marido. Pero, en fin, las señoras se ponen cinturones a la altura del talle y aprietan un poco.

Las señoras... y las Pirulindas. Tanto que Josita se pregunta a veces si cuando ella sea mayor no volverá la moda del talle de avispa y ella misma llevará cinturones tan pequeños como éste de mamá, que tanta gracia la hace.

Hoy por hoy, todavía no se aprieta mucho la cintura y las dimensiones de su cinturón la preocupan bastante menos que sus hebillas. Algunos de los cinturones de Josita son inseparables de la prenda de vestir que completan. Así, por ejemplo, el cinturón de su abrigo de tweed marrón, es de idéntico tejido de lana y se cierra con una hebilla lisa, cuadrada, del mismo color que el abrigo.

Y el cinturón de su vestido de gala, de crespón rosa, es de idéntica seda y termina con una lazada.

Pero su pull-over de punto, verde almendra y su trajecito de popelina azul marino con cuadros escoceses, se hicieron sin cinturón; y hay que ponerles uno porque así tienen el talle bajo y Josita sabe muy bien que el talle se

coloca ahora en el sitio natural.

A uno y a otro les pegaría un cinturón de ante; el del pull-over será verde oscuro; el del vestido puede ser color beige; nada más fácil que fabricar un cinturón y aun dos y hasta una docena de cinturones; puede cortarse una tira de ante o, para mayor economía de cierta tela que se hace ahora y cuyo aspecto aterciopelado imita la piel de ante

a la perfección. Pero ¿y la hebilla?

Ante la perspectiva de poner a sus nuevos cinturones una hebilla lisa y corriente, Josita esboza un mohín de disgusto.

Y ante la perspectiva de comprar un par de hebillas de fantasía, elegantes, finas, originales—lo cual equivale a decir costosas—quien esboza un mohín de disgusto es mamá.

Afortunadamente, el problema tiene una solución sencillísima: consiste en rematar los cinturones con hebillas que, teniendo todas las cualidades que las de

precio, no cuesten nada.

Cada una de estas hebillas se compondrá de... dos botones.

Claro está que serán botones grandes, de fantasía, muy caprichosos, de esos que son el principal ornamento de la colección de botones que mamá conserva en una caja de cartón verde, que contuvo jabón.

Cada uno de los botones se cosen a los extremos del cinturón; y éste se cierra simultáneamente con unos automáticos.

PIRULA BORDADORA

## FRUTAS AL PUNTO DE RICHELIEU

Siempre que os indico una labor un poquito difícil de realizar, me pregunto con inquietud: «¿No se enfadarán conmigo mis Pirulindas pequeñas, las que no saben bordar bastante bien para copiar este motivo?»

Y cuando la labor que os ofrezco es de las fáciles, a punto de cruz o de cordón, me pregunto también con inquietud: «¿No se enfadarán conmigo mis Pirulindas mayores, las que bordan ya tan bien, porque este modelo es indigno de su maestría?»

Pero, en fin, no hay más remedio que alternar, y por eso como la última vez que me sentí bordadora os brindé un motivo facilísimo—¿os acordáis?—a punto de zurcido, el que os presento hoy es de más altos vuelos.

Son medallones de frutas que se bordan a punto de Richelieu.

Para estos medallones, como para todas las labores que se hacen con este punto, conviene elegir prendas que permitan que se luzca el calado que queda después de recortar la tela alrededor de los contornos del motivo.

Por ejemplo, el punto de Richelieu está muy indicado para estores y visillos, porque se transparenta la luz, y también para almohadones y bolsas de costura, porque entonces se puede poner un viso de color.

